

mismo Padre escribió en las cartas anuas de 1608: «Partí de Quito, dice, a visitar el colegio de Santa Fe de Bogotá... y gasté dos meses y medio en llegar allá, que así distan por acá las casas. Los caminos son a una mano muy despoblados, que a veces se pasan veinte y treinta leguas y una vez sesenta sin pueblo, ni casa, ni venta» (1). Estas noticias, dadas por el Viceprovincial y los informes que de palabra expusieron al P. Aquaviva los PP. Martín de Funes y Alonso Mesía, enviados a Roma como procuradores, determinaron a Su Paternidad a incorporar de nuevo el colegio de Quito a la provincia del Perú. Por eso, escribiendo al P. Lyra el 3 de Febrero de 1609, dice estas palabras: «Con deseo de que esa viceprovincia tuviese algún colegio fundado, en el cual pudiese haber seminario de estudiantes nuestros, y fuese como cabeza de los demás puestos, se avisó a V. R. en la del 4 de Marzo del año pasado de 1608 que habíamos resuelto que el colegio de Quito fuese sujeto al gobierno de esa viceprovincia y quedase en el distrito de ella. Pero habiendo después tenido más plena información, así por relaciones que dieron los PP. Martín de Funes y Alonso Mesía como por lo que V. R. escribe en sus cartas de la distancia y caminos tan trabajosos y largos que se han de hacer desde el dicho colegio a cualquiera de los otros puestos, y considerando el poco recurso que los sujetos pueden tener al Viceprovincial en las ocasiones, y que apenas pueden recibir cartas suyas en seis meses, lo cual se siente mucho; hemos acordado que el dicho colegio de Quito no esté al cargo del superior de esa viceprovincia, sino que desde luego vuelva a la subordinación que antes tenía del provincial del Perú» (2).

Reunido de nuevo a la provincia, no cambió sensiblemente nada la marcha del colegio, el cual siguió prosperando, no solamente porque contaba en su seno numerosos alumnos y difundía en torno suyo los bienes espirituales ya mencionados, sino también porque empezó a ser noviciado de los que entraban en la Compañía entre los nacidos en el país. En las cartas anuas de 1612 se pondera el estado próspero de aquel colegio donde florecían siete congregaciones piadosas: la primera de sacerdotes, entre los cuales se cuentan los prebendados de la catedral; la segunda de los seglares españoles, en cuyo seno se ven los más ilustres ciudadanos; la tercera, de señoras principales, que ellas entre sí voluntariamente se han concertado; la

(1) *Novi Regni et Quitensis. Litt. ann.*, 1608.

(2) *Novi Regni, Epist. Gen.* Al P. Lyra, 3 Febrero 1609.

cuarta, de los estudiantes; la quinta, de los mestizos, que es muy numerosa; la sexta, de los indios, que hay, dicen las anuas, en infinito número, y por fin la séptima, menos frecuente aquí, pero también atendible, de los negros y mulatos. De esta manera continuó el colegio de Quito, mientras vivió el P. Aquaviva, echando profundas raíces en la ciudad y empezando ya entonces a difundir en torno suyo el bien espiritual que con inmensas creces había de partir de aquel centro hacia las misiones de infieles.

7. Poco se pudo hacer en este sentido durante los primeros veinticinco años que vamos historiando; pero ya entonces, aunque los sujetos eran pocos y la dificultad para hacer misiones entre infieles muy grande y casi insuperable, sin embargo, el fervor de algunos jesuitas empezó a probar fortuna y a abrirse camino en medio de aquellas selvas impenetrables.

El más famoso operario entre infieles que tuvimos estos años fué el P. Rafael Ferrer, valenciano, cuya primera salida del colegio parece que debe fijarse en 1598. En este año, según nos cuenta la historia manuscrita redactada tres años después, los PP. Rafael Ferrer y Diego de Cuenca, a petición del Obispo y de la Audiencia de Quito, encamináronse a dar una misión a la ciudad de Pasto, que dista unas cincuenta leguas de allí (1). No se dirigía esta misión a catequizar a los infieles, sino que principalmente se enderezaba a santificar a los españoles; pero ya entonces, así en Pasto como en el camino de ida y de vuelta, empezó el P. Ferrer a estrenarse en las fatigas de misionero de indios. Hubieron de padecer grandes trabajos en aquellos caminos. En cierta ocasión llegaron a un punto tan difícil de atravesar, por los pantanos y por las malezas de los bosques, que emplearon siete días en recorrer un espacio de unas cinco leguas. En otro sitio, al pasar un torrente sobre unos troncos mal unidos, dió el P. Ferrer tan peligrosa caída que se tuvo a milagro no haber muerto del golpe. Por fin, después de santificar a los vecinos de Pasto y a los indios de aquellos caminos, volvieron ambos Padres a Quito el año 1599.

Poco después enderezó sus pasos el P. Ferrer hacia el Oriente, introduciéndose en regiones cuya topografía era entonces bastante indecisa y predicando a salvajes, cuyos nombres sonaban extrañamente en los oídos españoles. En las cartas anuas de 1605 se elogia el fervor con que se metía entre las selvas el P. Rafael Ferrer, y se

(1) Véase la *Hist. mss. de la provincia del Perú*, t. 2, pág. 260 y sigs.

copia una carta que este misionero dirigió al P. Esteban Páez el 20 de Marzo de 1605. En ella da cuenta de la última excursión que hizo saliendo de Quito el 21 de Diciembre de 1604. Visitó primero a los Huamaguas, y como no entendía su lengua, buscó primero un intérprete, y por medio de este hombre, tradujo a ella el Catecismo; pudo bautizar algunos indígenas é instruir mejor a otros que ya estaban bautizados. De allí pasó a los Ambogacuas, después a los indios llamados Coronados, y por fin se detuvo más tiempo entre los Cofanes que vivían en un sitio casi inaccesible. Repartió entre ellos varios donecillos que llevaba consigo para ganarles la voluntad. Algunos de aquellos indios ya estaban encomendados a españoles que vivían en dos pueblos no muy distantes que se habían fundado con los nombres de Avila y Baeza; pero los tales encomenderos no hacían nada por aquellos pobres indios, sino, cuando más, bautizarlos al principio al recibirlos en encomienda. Algunos de estos indios entendían algo el español, y el P. Ferrer les instruyó detenidamente por sí mismo; a otros que no entendían nuestra lengua les hablaba por medio de intérprete. En todos halló bastante buena disposición (1). Vuelto a Quito, el P. Ferrer se dió a estudiar la lengua de los cofanes, y en cuatro meses llegó a poder entenderla bastante bien, tanto que oyó en confesión a algunos de ellos que ya estaban bautizados. En otra entrada que hizo el año 1607 le acompañaron los PP. Juan de Arcos y Onofre Esteban. Deseaban los superiores informarse por medio de estos Padres, si había medio en aquellos remotos rincones para fundar alguna misión estable. Pero, según parece, uno y otro opinaron que hasta entonces no se ofrecían medios posibles de subsistir aisladamente en aquellas temerosas soledades, rodeados de indios más dispuestos a recibir que a dar nada para el sustento del misionero, y alejados de los españoles que pudieran apoyar la misión. Hubieron, pues, de volverse ambos a Quito a principios de 1606. Allí encargaron los superiores al P. Ferrer el cargo de educar a seis novicios que habían sido admitidos en la Compañía (2).

No descansaba el fervoroso misionero en la quietud de Quito y

(1) *Novi regni et Quitensis. Lit. ann.*, 1605.

(2) De este oficio de maestro de novicios que ejerció algún tiempo habla el mismo P. Ferrer en la carta que escribió al P. Aquaviva el 19 de Julio de 1608. Sobre los trabajos apostólicos de este célebre misionero puede consultarse la relación escrita en 1645 por el P. Barnuevo, Provincial de Quito, y publicada recientemente por Jiménez de la Espada, como apéndice del libro *Noticias auténticas del famoso río Marañón, y misión apostólica de la Compañía de Jesús, de la provincia de Quito, en los dilatados bosques del dicho río...* Madrid, 1889. Véase desde la pág. 557 en adelante.

suplicaba a Dios y a los superiores, que le permitiesen volver a sus amados cofanes, porque tenía esperanzas de lograr en ellos un fruto espiritual duradero y estable. Su celo se extendía a todas aquellas regiones septentrionales de la América del Sur, e imaginando posible lo que en realidad era un sueño, exclamaba de este modo escribiendo al P. Diego de Torres: «Yo para mí no quiero otras islas de Salomón, ni otro Méjico, ni otros Japones ni Chinas, sino este nuevo mundo que hay desde los cofanes hasta el mar del Norte y atravesando hasta el Brasil y subiendo arriba hasta el Tucumán» (1). ¿Había medido el buen P. Ferrer la inmensa extensión que abarcaban los territorios designados por él en esta carta? Estimaron, como era razón, los superiores el fervoroso celo del gran misionero y le permitieron volver a sus queridos cofanes. Pero el resultado de la misión fué muy diferente de lo que había imaginado el P. Ferrer. En vez de la conquista de aquellas regiones, le esperaba muy pronto la corona del martirio. Año y medio próximamente habría pasado en esta última excursión, cuando empezaron varios indios a indisponerse con él por una razón bastante natural. Habían ido entrando poco a poco varios encomenderos españoles por aquel país, y los soldados hacían en los indios lo que solían hacer los aventureros de entonces. Diéronse a creer los pobres indígenas, que el P. Rafael Ferrer era la causa de que aquellos aventureros penetrasen tan adentro y cometiesen los robos y desafueros que tanto sentían. Indignados con esto, buscaron ocasión oportuna para darle la muerte, y, en efecto, lo consiguieron en el mes de Junio de 1610. Yendo una vez de camino el buen Padre con algunos de estos indios, llegó a cierto sitio donde era preciso pasar un torrente vehementísimo sobre dos troncos no bien unidos entre sí. Sólo era posible el paso uno en pos de otro, y asiéndose a los mismos troncos por la inmensa altura a que estaban atravesados. Pues cuando el P. Ferrer iba de este modo atravesando con tiento el peligroso puente, los malvados indios movieron súbitamente uno de los troncos y precipitaron al Padre en aquel abismo (2). No se pudo descubrir nunca su cadáver, y, según explicaban después los Nues-

(1) *Novi Regni et Quitensis. Hist.*, I, n. 9. Ferrer a Diego de Torres. Quito, 19 de Julio de 1608.

(2) *Peruana. Litt. ann.*, 1610. En estas anuas, firmadas por el P. Juan Sebastián, Provincial del Perú, el 31 de Marzo de 1611, se dice que ocurrió la muerte del P. Ferrer por Junio de 1610. Esta fecha debe tenerse por segura, como suministrada por un documento tan próximo, y no la de 1611 que hemos leído en relaciones posteriores; por ejemplo, en las *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, pág. 177.

tros, era moralmente imposible que se descubriese, atendidos los grandes remolinos y agitación del agua en toda aquella región.

De este modo terminó sus días el primer misionero entre infieles que tuvo la Compañía en aquellas regiones del Ecuador. Aunque por entonces no se pudo extender mucho el celo apostólico de nuestros Padres entre las selvas de aquellos países, con el tiempo veremos fundarse en aquellas tierras misiones felicísimas de infieles, que fueron la alegría de la Iglesia y la honra de la Compañía.

CAPÍTULO VIII

LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN NUEVA GRANADA

1589-1615.

SUMARIO: 1. Primera misión a Nueva Granada de los PP. Linero, Victoria y Antonio Martínez. 1589-1592.—2. Segunda excursión a Nueva Granada emprendida desde Méjico por los PP. Alonso de Medrano y Francisco de Figueroa, en 1598.—3. Establécese definitivamente la Compañía en Bogotá y Cartagena el año 1604.—4. Constitúyese la Viceprovincia del Nuevo Reino y Quito, y empieza a gobernarla el P. Diego de Torres en 1605.—5. Entra a ser viceprovincial el P. Gonzalo de Lyra en 1607 y entabla el noviciado, los estudios y los ministerios con los indios.—6. El P. Alonso de Sandoval funda la misión constante de los negros en Cartagena.—7. Primera Congregación provincial y erección de la provincia del Nuevo Reino.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS.—Las del capítulo anterior, y además: 1. *Relación del P. Alonso de Medrano*.—2. *Acta Congregationum provincialium. Novi Regni et Quitensis*.

1. La primera entrada de los jesuitas en el reino de Nueva Granada, o como entonces se decía, en el Nuevo Reino de Granada, se efectuó en el año 1589. Llegaba entonces de España el doctor Antonio González con el título de Presidente para gobernar los vastos territorios que hoy forman la república de Colombia. Quiso este señor llevar en su compañía algunos Padres jesuitas para que predicasen a los españoles, promoviesen la instrucción pública y, sobre todo, catequizaran a los numerosos indios que habitaban en aquellas vastas regiones. Fuéronle concedidos tres sujetos: el P. Linero, que era algo pariente suyo, el P. Victoria y un Hermano coadjutor, llamado Juan Martínez. Todos tres llegaron con el Presidente a Cartagena, y por una carta del mismo P. Victoria inferimos que se detuvieron allí varios meses. No sabemos en particular lo que hicieron, sino estas vagas palabras que dice el P. Victoria: *que dieron misión* (1).

Continuaron después su camino, y el 30 de Marzo de 1590 entraron, en compañía del Presidente, en la capital Santa Fe de Bogotá. Avisado el Provincial del Perú, P. Juan de Atienza, de esta misión que se en-

(1) *Novi Regni et Quitensis. Hist.*, I, n. 4. Victoria a Aquaviva. Bogotá, 13 de Mayo de 1592.